

palabras. Que me parece la mayor imprudencia esa expedición que se propone, cuyo fin ignoro. Se ha acordado fortificar á Tampico y la Barra, y todavía no se han principiado las obras. Se pretende emprender la expedición y dejar desguarnecido á Tampico, abandonando el hospital de los heridos, las municiones de guerra y los caudales á merced de cualquier expedición que intente el enemigo. ¿Quién me responde que el General Santana no pueda realizar una expedición por mar hasta la Barra ó Tampico el viejo, y por un golpe de mano nos arrebathe el cuartel general, y cortar al mismo tiempo la retirada de las tropas de la expedición de Altamira.? Semejante expedición estaría en su lugar, después que estuviesen debidamente fortificados, el recinto de Tampico y la Barra, y se hubiesen recibido refuerzos de la Habana y desembarcado el Batallón que desapareció de nosotros en la sonda de Campeche.»

El Gefe de Estado Mayor, dijo: «Aviraneta parece el mismo espíritu de contradicción, á todo se opone, y nada de lo que se propone le parece bien.»

Le contesté: «Cuando lo que se propone, es una barbaridad, como la expedición de Altamira, contra todos los principios de la guerra, y contesto con razones que no admiten réplica, mi oposición está en su lugar.» El coronel Vázquez y los comandantes digeron: «El Secretario político ha hablado lo que no puede replicarse ni contradecirse.» De este modo acabó la sesión y cada uno se fué á la calle.

El coronel Vázquez, se marchó con un batallón á la Barra, llevando consigo todos los albañiles y carpinteros que había en los batallones, para construir un horno y las empalizadas del forlán que tenía que construir, desmontando todo el arbolado que había en sus inmediaciones.

El 15 de Agosto determinó Barradas salir para la expedición de Altamira, con todas las tropas, dejando únicamente de guarnición:

Piquetes de 7 cuerpos..... 110 hombres útiles.

Heridos y enfermos..... 291 „

Total..... 401 hombres.

Además, que regresaron del monte, 30 voluntarios, antiguos soldados procedentes de la guerra de Méjico.

Y por Gobernador, al Coronel D. José M<sup>a</sup> Salomon, anciano

no de pasados 90 años, que casi no podía tenerse en pie. Este coronel había hecho sus campañas en Costa firme y había sido Gefe de Barradas. Era un excelente sugeto, pero siempre estaba postrado por su edad y achaques adquiridos en campaña.

Poco antes de su salida para Altamira, el Brigadier Barradas me llamó y me dijo: «que el General Lagarza va reuniendo fuerzas en Altamira y que espera otras del Interior, y que dejaba al coronel Salomon, mi amigo, con la pequeña guarnición de Tampico, con recomendación especial que consulte todo con V., y no siguiendo más que sus consejos. Espero en su fidelidad de V. que empleará todo su saber, para dejarme airoso en la confianza que pongo en V.» Me apretó la mano y se marchó.

Nada ocurrió que de notar sea, en los días 15, 16, 17 y 18, hasta que el 19 llegó á la Barra de Tampico el paquete Inglés, procedente de Veracruz. El coronel Británico me llamó á su casa y me notificó las novedades que traía su capitán. Este y el cónsul me digeron que con la noticia que tubo en Veracruz de nuestro desembarco en Punta de Jerez, había reunido Santa Ana en aquella ciudad como tres ó cuatro mil hombres, y con barcos costeros que había fletado en aquel Puerto, se había hecho á la vela hacia cinco días para Tuspan, y que probablemente debía estar cerca de Pueblo Viejo.» Les di las gracias y me fui á mi casa, y puse una comunicación á Barradas de todo lo que pasaba, y conjurándole por Dios que inmediatamente se pusiese en marcha de vuelta de Tampico, y á poner *(sic)* la plaza, los intereses, municiones y víveres, de un golpe de mano del enemigo.» Tenía en mi casa 2 indios jóvenes que cuidaban de ella á nombre de sus amos, que los había comprometido y aleccionado para que me sirvieran de espionaje. Eran ladinos y estaban casados, teniendo dentro de Tampico, en mi alojamiento, sus mugeres, que me servían de garantía de su fidelidad. Les había dado dinero y á las mujeres telas para hacer vestidos. Al mayor de los hermanos lo despaché con un caballo, recomendándole mucho la mayor diligencia.

Al Gobernador Salomon, que estaba en el Principal acostado en un colchon, le participé al oído lo que había, y me recomendó mucho tomase las medidas necesarias á poner á cubierto la población. Reuní á los pocos oficiales que había y les manifesté las novedades y el inminente peligro que co-



rriamos. Escogí las mejores casas de la Plaza, y distribuí en ellas la tropa de la corta guarnicion con que podia contar, recomendándoles que se mantuviesen en las casas y azoteas. De los combatientes escogí los más sanos, y distribuí los fusiles para defensa del hospital.

Al comandante de la cañonera y de la flechera, les mandé que se trasladasen á Pueblo Viejo y recogiesen todas las piraguas y canoas que hubiese, y las tragesen á Tampico.

El día 19 no hubo novedad. Aquella noche, acompañado de ocho soldados, bajé á la Barra y me vi con el coronel Vázquez y le informé lo que habia. Tratamos los dos sobre lo que convenia hacer en tan difíciles circunstancias. Si convendría que él se replegase con toda la guarnicion de la Barra á Tampico para defender el cuartel general. Vázquez fué de opinion que no era conveniente abandonar la Barra y las harinas para el sustento de las tropas, y máxime habiéndole escrito yo á Barradas la novedad aquel mismo día, en todo el siguiente parecia natural que el Brigadier estubiese de buelta para cubrir el cuartel general.

Amaneció el día 20, y me figé en el alojamiento del General, que era casa alta de madera, de cuyas ventanas podia ver parte de las calles de Pueblo Viejo, todas sus avenidas y el embarcadero del «Humo.» A las once ví con mi escelente antejo, grandes grupos de gente de á caballo, por los altos del pueblo Viejo, que se adelantaban hacia él, y un cuarto de hora despues, masas de infantería que trahian en medio grupos de caballerías, que parecian tirar y arrastrar cañones, carros ú otros objetos.

A las doce salió del pueblo un grupo de hombres á caballo, en número de 20, y dirigióse al vado ó estrecho que llaman del Humo, donde el Río Pánuco es más estrecho, y llegados á la orilla, se pararon para examinar la posicion. En el grupo estaba Santa Ana, é inferí ser él, porque conocí á su favorito el coronel Castrillon, y otros ayudantes que habia conocido yo en Veracruz.

De repente ví partir para el pueblo al mismo Castrillon y venir para el Humo, dirigiendo una porcion de caballos y mulas que conducian á rastra un crecido número de piraguas y canoas, que desenganchaban y dejaban frente al Humo y muy próximo al Río, y que las caballerías volvian al pueblo. Estubieron un largo rato Santa Ana y los que lo acompañaban,

dirigiendo sus anteojos hacia el pueblo de Tampico el Alto y sus inmediaciones, marchándose en seguida para Pueblo Viejo, colocando su reten de guardia cerca de las barcas.

Escribí al momento al coronel Vázquez á la Barra, diciéndole que «al medio dia habia entrado Santa Ana en Pueblo Viejo con sus tropas, y habia descargado muchas canoas y piraguas en el Humo, á la orilla del Río, y que probablemente á media noche ó al amanecer, pasarian el río y seriamos atacados. Que estuviese alerta.» Despaché á un soldado para la Barra.

Informé de todo al coronel Gobernador de la Plaza, el Sr. Salomon, y determinamos escribir un parte á Barradas, avisando la novedad de la llegada de Santa Ana á Pueblo Viejo, con todos los útiles necesarios para pasar el río, y que probablemente seriamos atacados aquella noche. Firmó el parte el Gobernador Salomon y despachó el pliego con un guía, disfrazado de paisano del país, y montado en un caballo práctico en el terreno.

Me vi con los comandantes de los puntos de la plaza, á quienes participé lo que habia visto desde el alojamiento del Brigadier con mi buen antejo, y que seria natural que aquella misma noche fuésemos atacados. Se hizo conducir á cada azotea un cajon de municiones. Se embió un piquete de 15 hombres y oficial en observacion del Humo, que se situó en la azotea de una casa que estaba próxima á aquel punto, é inmediata á la casa, alojamiento del general.

Eran las tres de la tarde del día 20 de Agosto, cuando llegaron á Tampico 30 hombres de la compañía de guías, compuesta de soldados veteranos que habian servido en la guerra de Méjico, y acompañaban á la division de vanguardia, en concepto de guías voluntarios. Habian sido embiados dias antes á los pueblos inmediatos á Tampico y rumbo á Altamirá, en requisicion de ganado vacuno para la subsistencia de la tropa; traían algunas reses y venian estropeados por las marchas que habian hecho por los bosques en busca de ganado.

Este auxilio nos vino oportunamente. Destiné esta fuerza á la mejor casa de la plaza; edificio sólido y frente por frente del camino que debia traer el enemigo para atacar la plaza. Se llamaba la «Casa de Castilla,» perteneciente á un español de aquel apellido. Los soldados que la guarnecian se distribuyeron en otras azoteas.

Llegado el anochecer, sin ocurrir la menor novedad, cogí



veinte hombres de los guías y me encaminé silenciosamente á la posición de la orilla del río, frente al Humo; reforzando mi fuerza con los quince soldados y el oficial que estaba de guardia de observación, bajamos á la orilla del Río con la mayor precaución y silencio, emboscándonos en las matorrales muy espesos que había, prohibiendo que nadie fumase ni hablase.

A las doce de la noche acudieron de tropel los soldados enemigos, y embarcados en dos piraguas principiaron á sondear el río en el caño ó estrecho del Humo, y aun metieron caballos y ensayaron de vadearle, pero les fué imposible por la corriente rápida y lo hondo del río. Veíamos perfectamente los bultos de los hombres, que distaban de nosotros treinta pasos, y oíamos la grande algaraza que traían y las palabras que pronunciaban, y entre ellos dijo uno: «¡Cuán lejos estarán los *gachupines* de Tampico de ternos tan cerca!» Y saltaba otro: «pronto los despertaremos del profundo sueño con que estarán durmiendo.»

Conoció que las Piraguas contenían Gefes y Oficiales. Uno de los gefes dijo: «Es tarde, lo mejor será que pase una barcada de tropa á la otra orilla, porque el enemigo está descuidado, en el mero hecho de tener abandonado un punto tan importante como éste.» «No, respondió otro que también debía ser gefe: «es preciso esperar órdenes del General, ó que venga él mismo, que no puede tardar.»

Estaban en medio del río muchas piraguas y canoas atestadas de soldados impacientes de desembarcar, pero los gefes que estaban en las dos Piraguas, casi á la orilla de tierra y cerca de nuestra emboscada, les gritaban: «no hay que aproximarse á las orillas, mantener firmes los barcos, hasta que se reciba la orden del General ó se presente en persona.»

Cuando á aquella hora y en los momentos mismos, venía de la Barra un bote de la Goleta mercante de Zangroniz, mandada por el capitán Campos, cuando se encontró á medio tiro de fusil con las piraguas de los megicanos, que le dieron el «¿quién vive?» y respondido por Campos: «España,» le descendieron algunos tiros y acertaron á darle un balazo á Campos; pero al instante mandó virar el bote y remando por cuatro marineros y ayudado de la grande corriente del río, logró zafarse y llegó á la Barra, llevando á Vázquez la noticia que estaban desembarcando los megicanos en el punto del Humo.

Los gefes megicanos que estaban en las dos piraguas, gritaban á los demas «que cesasen el fuego, que los españoles que estaban en Tampico los oirían y echarían á perder el plan de investida.» En aquel momento salimos nosotros silenciosamente de nuestra emboscada con los fusiles preparados, y aunque la noche estaba muy oscura, sirviéndonos de punto de mira los fogonazos de los tiros de los megicanos al bote de la Barra, les hicimos una descarga de los 35 fusiles, que los puso en confusión, sin que supiéramos los muertos y heridos que tubieron. Con el mismo silencio nos volvimos á nuestra emboscada.

Al instante toda la infantería que estaba en los barcos de medio del río y los batallones que estaban formados en el Humo, principiaron un fuego graneado terrible, dirigido al sitio de donde había partido nuestra descarga; pero fueron salvas al aire. Salimos muy agachaditos y silenciosos de nuestra emboscada, y nos retiramos á un Teso que había á la entrada del Pueblo donde esperamos al enemigo, poniéndonos en comunicación con nuestra lancha cañonera.

Su comandante saltó en tierra y hablamos un rato. Le prevení que mantubiera la lancha en el sitio en que estaba, y que cuando principiásemos la retirada, abriese el fuego á metralla, enfilando los tiros á la casa aislada y solitaria en que nos hallábamos.

El enemigo verificó el desembarco y venía sobre la población, trayendo tres faroles en sus guerrillas para ver el terreno que pisaban. Saqué mi reloj dentro de la casa en que estábamos resguardados, y ví que era la una menos cuarto, y al mismo tiempo los vigías que tenía en la azotea me avisaron que el enemigo estaba muy cerca y sus avanzadas á medio tiro de fusil. Mandé bajar á los vigías, y colocando la luz que tenía encendida, en una ventana que daba frente á la lancha cañonera, cerramos la puerta con llave y la dejamos vacía, retirándonos á 20 pasos en la entrada de la plaza. Cuando ví por los faroles que el enemigo había avanzado hasta la casa donde había colocado la luz, hice que una guerrilla rompiese el fuego sobre los faroles, y los megicanos respondieron á bulto con fuego graneado muy nutrido. La pieza de 24 de la lancha cañonera disparó á metralla sobre los faroles, y el enemigo se replegó sobre la derecha, abanzando siempre hacia la plaza.



Los 35 hombres que llevaba yo rompieron tambien el fuego y á pesar de estar abanzando siempre los megicanos sobre la plaza. Entonces nos retiramos á la entrada de la plaza donde estaba la pieza de 16, que estaba cargada á metralla. Estando á 15 pazos el enemigo, se le disparó á boca de jarro el metrallazo, y debió de causarles tal estrago, que se retiraron detrás de las primeras casas de la plaza, y consiguieron ocuparlas por hallarse abandonadas por nosotros, que no podiamos guarnecerlas por falta de soldados.



## DEFENSA

DE

# Tampico de Tamaulipas,

EN LA NOCHE DEL 20

A MAÑANA DEL 21 DE AGOSTO DE 1829.

Yo me retiré con los 20 guías y 15 soldados y oficial á la casa fuerte de Castilla, que la guarnecian los 10 guías de los 30 que habian venido aquel día de la requisicion de ganado.

Hice que se distribuyeran los 45 hombres en las habitaciones del piso principal de la casa de Castilla y las azoteas, y ocupasen las ventanas que miraban á la entrada de la plaza, que sólidas por su construccion se habian apoderado los megicanos. Que una tercera parte de los hombres se empleasen sólo en cargar, y los demás en tirar, porque habia muchos fusiles de sobra. La muger de Castilla que era una escelente señora, y muy española en sentimientos, aunque nacida en el país, se ocupaba en desacer los paquetes de cartuchos y alargarlos, cartucho por cartucho, á los guías que se ocupaban en cargar los fusiles; en la misma operacion se ocuparon las hijas y criadas de Castilla, á escepcion de la guisandera que se ocupa de componer un escelente rancho, con los viveres que de su tienda nos suministró la misma señora.

Se atrancaron las puertas perfectamente, con trancas y tercios. El enemigo no podía llegar hasta la puerta de la calle, porque en la fachada de la casa, habia los cuartos bajos ó entresuelos con ventanas á la plaza y gradas y fuertes rejas de hierro, que sobresalian más de cuarta y media á la plaza, y desde donde se podía hacer un fuego de fusilería á